

**Colaboran:** Salvador García Jiménez, coordinador; Asensio Sáez, Alfonso Martínez Mena, Paco Salinas, Ramón Jiménez Madrid, S. Delgado, Lorenzo Miralles López, Ana María Navales, Antonio López, Tomás Lorente y Antonio Crespo.

**SUPLEMENTO**  
**LITERARIO**

# La Verdad

Año 1. Segunda época

DOMINGO, 24 DE AGOSTO DE 1980

Núm. 15



Ilustración de ASENSIO SAEZ

# Tu corazón, pera de azúcar...

El médico apartándose discretamente del lecho del moribundo, pronosticó a la enfermera:

—No llegará a la noche.

La enfermera, una de las más veteranas y eficientes de la clínica, dijo que estaba bien, y adelantó en dos minutos su reloj de números robustos para miopes avanzados, por no correr el riesgo de perderse luego, en el "pal color", el comienzo de los "grandes relatos".

Juan, que oía crecer la hierba, había alcanzado aquella frase que lo remitía a bien morir. La sopesó largamente, meditó sus alcances, la envolvió por último en el celofán de la santa resignación. Percibió entonces, súbitamente, una desconocida, terca ternura por sí mismo. Pidió que le abriesen de par en par la amplia cristalera. Necesitaba beberse, como un mosto reconfortante, un trago de azul; cortarle una rebañada al pan moreno de la tarde, oír cantar un pájaro detenido en la cornisa de un cercano edificio, acaso encaramado sobre el garabato de una antena de televisor, como una fábula que Semaniego no llegó a escribir; manejar, en fin, cualquier dato que le acercara al desabrido ánimo el convencimiento de que su corazón continuaba golpeando todavía en aquella parcela dolorosa de su costado, en los últimos reductos de una sangre totalmente derrotada.

Se afianzó a la idea, en cierto modo confortadora, de que todo podía empezar a ser distinto, luego, precisamente cuando su corazón, por decisiones propias, ya árbol trasplantado en huerto ajeno, siguiera latiendo, acaso por rutina, en la caja del pecho de no importaba quién: un camionero, un actor, un cura, un terrorista, un poeta acaso.

Sacó entonces una voz veteada por aquel fuego ilusionado y coruscante que había signado toda su existencia, interesándose por la legalidad de los trámites que destinaban oficialmente su corazón a un futuro trasplante, y la enfermera miope sintió bondadosamente, samaritanamente, le dijo que no pasase cuidado, que todo estaba en orden, que se muriese en fin, a gusto.

En último término, considerando las circunstancias, morir tampoco venía a resultar un feo verbo. Le consolaba, en cierto modo, cerrar una historia, la suya, sin dejar lágrima en ojo ajeno. Otra cosa, claro, hubiera sido de haber vivido su madre. A Juan le hubiera gustado que ella, la madre, hubiese estado aquí, ahora justamente, a su lado; que le hubiese acercado su mano enojada de millones de arrugas, arrebutándolo dulcemente entre los cuatro maderos de pino —¿olor de cuna, todavía?— de su ataud, mientras su voz cascada, irrepetible, enarbolaba, una vez más, su terca consigna inútil: «Ojo, cordero. Tu corazón, pera de azúcar, puede perderte». Cierto. El corazón y sus mandatos. Hacer costumbre de la ternura, sentirse solidario de los otros, no ignorarlos aun a sabiendas de no ser correspondido. «¡Jesús, qué cosas!» Sentimental que es uno. «Alerta, hijo». «¿Qué quiere usted? Se nace con el corazón que a uno le toca en suerte y hasta los restos». «Temo que sea un error nacer con un corazón como el tuyo. En el fondo, yo, tu madre, jamás he dejado de echármelo en cara». «Bien es-

tamos". "Vigila, hijo mío. Tu corazón puede perderte".

Mientras la muerte le llegaba, mientras el acre olor de no se sabía qué medicamento se injertaba con el «ambientador» de su pequeño cuarto de la clínica, a Juan le hacía bien aquel reencuentro con la memoria de los viejos días perdidos. «Digo que no te dejes traicionar por el corazón». «Ya está bien, madre». Las jornadas en la escuela, los juegos en la glorieta del barrio, el fútbol en el arrabal, traicionados, efectivamente, por su corazón. Lejanos, largos días de la oficina, luego. Volvía ahora, nítido, puesto de pie en el rincón de la memoria, el tedioso trabajo en aquella presuntuosa nave —aluminios y plásticos—, con el cinco más seis igual a once y me llevo uno, como precepto venturoso. Voz dictatorial, grave, como amasada por espesas harinas, de don Carlos, jefe de negociado. Aunque tampoco podía asegurar que se llamase don Carlos. De todas maneras, calvo lo recordaba, siempre con la espita de la mala uva abierta. La memoria de Alfredo, también. Buen chico, soñador, compañero de oficina. Pertenecía a un modesto grupo teatral de aficionados, causó por la que nombraba a Ionesco como si de un pariente próximo se tratase. Frente a la de Juan, la mesa de Adelita, menudita, insignificante. Gafas de concha y medalla de oro penduleando desde su cadena, buscándole la veredilla de los senos. Juan se había ido enamorando de ella, apenas sin percibir el hecho. Tardes de cine y cervéza. «¿Me quieres?» «Te quiero». El corazón, su corazón, a gusto y esponjado. «Debe y haber», sumar y seguir, besos bajo la copa de las acacias del parque. Sólo que Adelita había acabado casándose con Alfredo, el de Ionesco. El destino, que se dice. Estaría escrito. Quizás Adelita sólo le había utilizado a él como reactivo ante las dudas y reservas del otro. Vaya usted a saber. Juan se decidió por un bonito cenicero de cristal como obsequio a la nueva pareja, que, a fin de cuentas, los novios no dejaban de ser compañeros de oficina. Don Carlos o como se llamara le dijo a Juan eso de que, qué estómago el suyo, y Juan le había

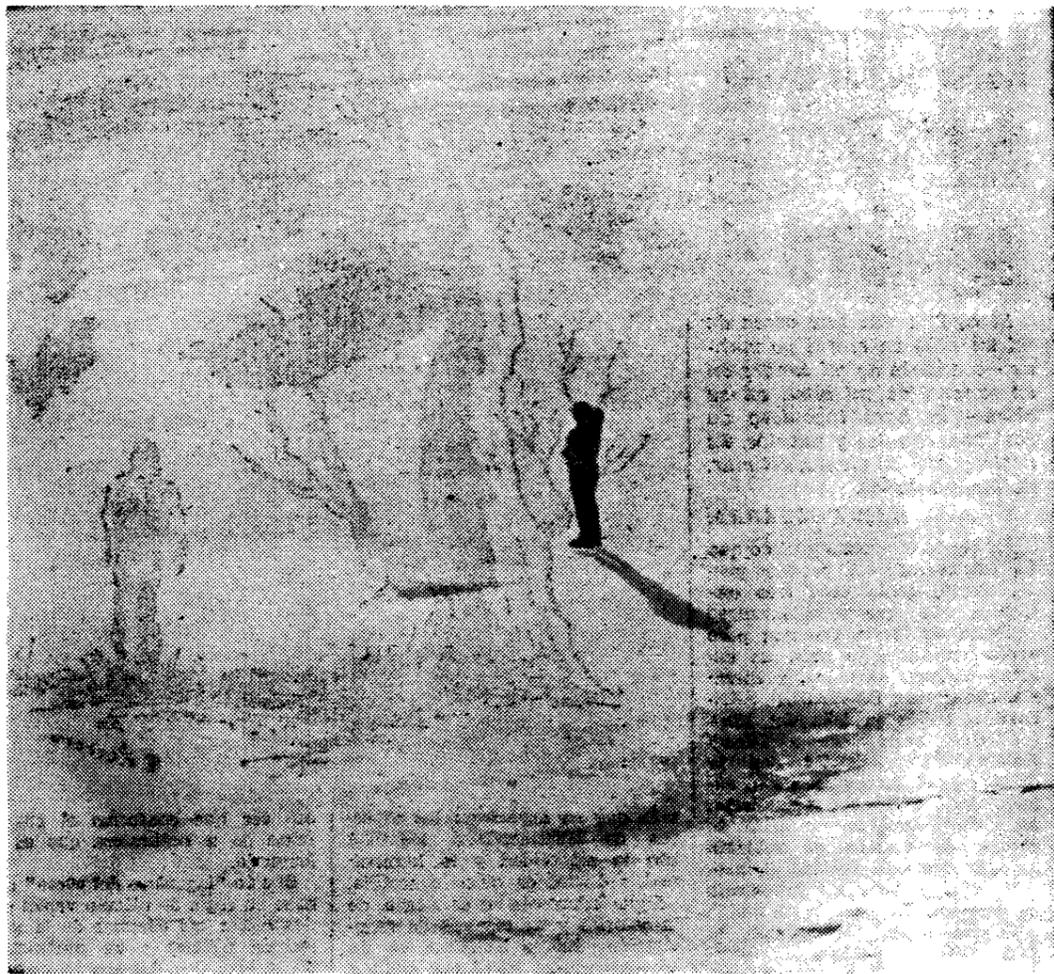


Ilustración de Paco Salinas

reído la gracia, no por mero peloteo como se aseguró entre el resto de los compañeros, sino simplemente porque su corazón, manteniendo siempre una carga excesiva de amor, necesitaba descansar en la bondad, aquella lúcida, ineludible bondad que le había hecho postular más tarde, tan sin brillo, tan descoloridamente, la verdad por delante, en los «Defensores de la Naturaleza» y en los «Amigos del perro»; a ser, luego, novicio en un monasterio, soldado en África, agente de seguros de vida y, es claro, que a aceptar a hacer lo que a los otros les gustaba que hiciera: leer el «Lunes Deportivo», usar determinada marca de coñac, rellenar una quiniela, contemplar el telefilme de turno, casarse con una tal Trini, en fin. En el fondo le había ilusionado siempre disponer de un hogar propio, con la lámpara encendida y el pan sobre la mesa, como un excitante «slogan». Por otra parte, a Juan le había conmovido profundamente la histo-

ria de aquella muchachita apocada llamada Trini; trabajadora desde muy niña para sacar adelante —eran palabras textuales de Trini— a cinco hermanillos menores. Luego, había resultado que para Trini aquello de la lámpara y el pan, pues nada, lo que se dice nada. A Trini el matrimonio le había probado, que se dice, hasta el extremo de echar unas apetitosas y apretadas varonías del barrio. Trini, pretextando entonces enfermedad de pariente solitario, había comenzado a volver tarde a casa. Una noche Trini no había vuelto. Trini ya no volvería nunca. Sin embargo, Juan no movió ni un solo dedo a favor de su regreso al hogar. Entendió que Trini jamás había legado a ser lo que algunas lenguas venenosas proclamaban. Sencillamente, Trini andaba desquitándose de muchas malas pasadas del destino, echando fuera de este modo, precisamente cuando la ocasión la pintaban calva, todos sus años de pequeñas e infinitas frustraciones: sabañones al aire, coles cocidas, «foto-romances» prestados, recosidas medias, colonias baratas... Dramática suma de adversidades que, de alguna manera, a él le hacía sentirse responsable de no haber entendido del todo a Trini.

De cualquier modo, ahora, Juan iba a morir con una brecha abierta a la esperanza de ser, al fin, útil del todo a los demás. Esto le tranquilizaba. Saber, por otra parte, que su corazón, latiendo en otra sangre distinta a la suya, podría seguir percibiendo la música de la lluvia sobre el asfalto, las voces de los niños camino de la escuela o el sonido de la campana mayor de la catedral, razón más que suficiente le resultaba para cerrar sin excesiva nostalgia aquella maleta de su último viaje.

En última instancia, Dios estaba allí, bajándolo lentamente el plomo de los párpados, cortándole el hilo como de cometa que ataba su sangre al corazón. Una vez, siendo niño, el chico del carnicero del barrio lo llevó a presenciar una matanza. El chico del carnicero metió la mano por el corte abierto en el pecho de un corde-

ro, hurgó unos instantes en la pequeña profundidad escarlata. Produjo un chasquido fresco, de carne rota, y sacó, al fin, reluciente como una piedra preciosa, el corazón del animal, goteando rojo. ¿Cómo sería, Señor, su propio corazón, el corazón de Juan? ¿Cómo el pecho que desde ahora lo cobijaría: lujosa ojiva, chamizo imbuído? En último término, importaba que la sangre de un hombre continuara circulando, movida por el corazón de Juan.

Esta idea hizo que Juan se fuera de este mundo un tanto confiadamente, puede decirse que hasta apaciblemente, beatíficamente, sin conocer, claro está, que, después de muerto, su corazón había de jugarle todavía su última mala pasada, ya que habiendo sido aceptado su cordial legado, efectivamente, con destino a la sección de trasplantes de la más competente clínica de moda, llegado el oportuno momento, los más sabios cirujanos de la misma hubieron de coincidir unánimemente en que el de Juan venía a ser, ay, el corazón que la sangre ajena siempre rechazaría de plano por muy limpios y primorosos que resultasen los costurones de la operación. Para cualquier persona medianamente normal, la carga afectiva acumulada en el corazón de Juan, su excedente de amor, constituiría un serio riesgo por el que los anticuerpos habrían de proclamarse vencedores al primer toque de combate.

Bajado sin campana, nota discordante en un concierto universal de desamor, el corazón de Juan fue, por tanto, arrojado a la basura, momento aprovechado por un perro vagabundo y desorientado, el cual, tras acercarse golosamente al inmundo vertedero, fuese en seguida, sin embargo, moñino el rabo entre las dos patas traseras, pues habiendo barruntado festín de Baltasar con que satisfacer sus atrasadas gulas, sólo había hallado realmente aquel despojo harto ruin que venía a resultar el corazón de Juan, vaso de fútiles deseos, cuenco de deslucidos empeños, totalmente inservible.

Asensio Sáez

## CURRICULUM

Asensio Sáez, escritor y pintor, nació en La Unión. Ha publicado varios libros y colaborado en numerosos periódicos y revistas. En LA VERDAD, de Murcia, tiene publicados varios centenares de cuentos por él mismo ilustrados. Firma, además, últimamente, una serie de trabajos literarios para «Logos». Ha disfrutado de una Pensión March de Literatura. Se halla en posesión de varios premios: «Ciudad de Murcia», «Hucha de Platas», «Chys», «Rodríguez Almela», etc., siendo seleccionado como finalista en varios concursos entre ellos, el Premio Nacional de Literatura, el «Gabriel Miró», el «Gabriel Sijé»...

Reencontrado de nuevo para la pintura, su obra ha sido clasificada recientemente en la denominada «figuración de la memoria» dentro del grupo de pintores murcianos compuesto por Joaquín, Vicente Viudes, Sofía Morales, etc.

Pertenece a la Academia Alfon-



so X el Sabio, en cuya colección «Biblioteca murciana de bolsillo» acaba de publicar «Parte de Murcia».